

cular; pero la tregua durò muy poco. Santos Vega soltando una carcajada, diò una rienda à su alazan y tomò à don Ramon por el lado de montar con tal pechada que lo aventò, rodando con el caballo y todo à cuatro varas de distancia.

Don Ramon se levantó medio descompuesto y quiso volver al ataque; pero ya los amigos y los justicias habian arremetido con Carmona y Santos Vega que se defendian bravamente.

—¡Firme con los justicias, hermano, firme con ellos! gritaba el payador à su hermano; y cada alcalde que se les ponía à tiro, recibía una herida más ó menos grave.

Dos de ellos, viendo la cosa mal parada, se retiraron à tomar un poco de descanso, dejando que los paisanos se entretuvieran con los amigos de don Ramon, à los que parecia no hacer mucho caso.

Santos Vega aprovechó esta especie de trégua para mirar el galeron donde iba su Dolores, y quedó helado de espanto al no verla por ninguna parte.

—¿Y la galera? preguntó con los ojos inyectados en sangre. ¿Dónde está la galera?

—Fuera de tu alcance, villano, contestó don Ramon livido de coraje. La muerte es la que ahora te espera para purgar tus iniquidades.

Santos Vega creyó que la galera habia vuelto à la estancia y se lanzó en esa dirección, diciendo à Carmona:

—¡Ni un golpe más, hermano; volvamos à la estancia que es donde haremos falta! Y partieron como dos locos en dirección al establecimiento.

—Es preciso socorrer à esas señoras, dijo uno de los alcaldes que estaba en la misma creencia que Vega.

—Inútil sería, replicó don Ramon, porque la galera debe estar ya mudando caballos en la primera posta. Cuando me incorporé à ustedes habia dado orden à los peones que ganaran distancia.

—Entonces, dijo el alcalde, lo más seguro es que sigan ustedes el mismo camino. Santos Vega, cuando se encuentre sin la galera, ha de volver aquí, y entonces la lucha va à ser más sangrienta y sin objeto ninguno.

—Bueno dijo don Ramon à sus amigos, pueden ustedes alcanzar la galera, que yo me quedo aquí con los señores à esperar. Es preciso escarmentar à ese bandido, añadió, y yo no puedo irme sin dejarlo en manos de la iusticia.

Tanto los amigos como los alcaldes trataron de demostrar à don Ramon que era más prudente irse à acompañar à las señoras que iban solas, pero éste insistió en su primera idea.

—Nosotros quedamos aquí, dijeron, y le garantimos que caerá en nuestro poder. Además, concluyeron, ¡sabe Dios si à estas horas no van ya en seguimiento de la galera y la asaltan antes que usted llegue!

Esta consideración hizo en el estanciero más de lo que habian hecho todos los discursos y reflexiones anteriores.

—¡No lo quiera Dios! gritó, ¡en marcha! ¡en marcha! no sea que lleguemos demasiado tarde!

Y lleno de angustia se puso à galopar sobre las frescas hue-llas que sobre el verde habia dejado la galera, acompañado de